

Una prédica narrativa

Juan 3:22-30

(22) Después de esto, vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y estuvo allí con ellos, y bautizaba.

(23) Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían y eran bautizados. (24) Porque Juan no había sido aún encarcelado.

(25) Entonces hubo discusión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación. (26) Y vinieron a Juan y le dijeron: Rabí, mira que él estaba contigo al otro lado del Jordán, de quién tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él.

(27) Respondió Juan y le dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. (28) Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él.

(29) El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido.

(30) Es necesario que él crezca para que yo mengüe.

(31) El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y las cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos.

(32) Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio. (33) El que recibe su testimonio, este atestigua que Dios es veraz. (34) Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. (35) El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano.

Después de aquella extraña conversación con Nicodemo en Jerusalén, Jesús viaja con sus discípulos a Judea. Imagino las conversaciones del camino, largas conversaciones bajo el brillante sol de Judea y adobadas con el polvoriento camino que se prende de las sandalias en cada paso. Jesús aprovecha para discipularlos y hacer su ministerio con ellos, y allí en la práctica, enseñarles. En esa ocasión, el ministerio de Jesús estaba expresado en el bautismo. En las serenas aguas del río Guatapurí, digo, del río Jordán, la gente venía en romería para que Jesús, aquel popular maestro de la ley judía, los bautizara. Al bautizarse se hacían sus discípulos también, afirmaban ante todos los espectadores presentes que creían en su propuesta del Reino de los Cielos. Era una escena magnífica, los interesados, los curiosos, los opositores, todos estaban allí junto al río, observando cómo aquel numeroso grupo de personas, se bautizaba y salían más que empapados del agua, emocionados por el nuevo estilo de vida que habían decidido seguir.

Aquella, no era la única escena de bautismo que nos narra el escritor. Como un buen corresponsal en el lugar de la noticia, se traslada hasta el lugar de los hechos: Enón. El nombre del lugar significa: fuentes o manantiales. No era coincidencia que Juan fuera hasta allá a bautizar, había mucha agua disponible, repartidas en siete fuentes de agua. La gente llegaba de todas partes hasta aquella pequeña aldea de Samaria y se bautizaba. Esto era posible por una razón, como una cereza roja sobre la cima de un

cremoso postre, el narrador nos hace un guiño al regalarnos el detalle de por qué era posible que la gente se bautizara: Juan no había sido encarcelado. Este detalle nos habla de que el ministerio de Juan tiene un final: la cárcel. Mientras tanto, Juan sigue bautizando en la cuasi-acuática aldea de Enón.

Estas dos escenas de bautizos parecen estar en competencia, dos maestros haciendo prosélitos, ganando discípulos para la misma escuela. “Arrepentíos, porque el Reino de los Cielos se ha acercado”, era el discurso de Juan para atraer discípulos. “El Reino de los Cielos es como...”, se escuchó muchas veces de la boca de Jesús para explicarle a todos los que se sentaban a escucharle cuál era el sentido y fin último de su discurso. Ambos, Jesús y Juan, maestros, rabinos del mismo Reino, del Reino de los Cielos, bautizando con el requisito previo del arrepentimiento. Pero, ¿acaso no era esto una fortaleza?, ¿no era magnífico que más personas trabajaran por la misma causa así como “el encuentro con Dios y el Redil procuran el mismo objetivo en este sector del Poblado?

Parece que no. En aquellos remotos lugares, y lejanos tiempos, donde las escuelas filosóficas griegas tenían su influencia, no sólo heredaron a los cristianos la importancia de que el maestro y el discípulo compartieran la vida y no se quedaran en lo intelectual; también legaron la idea de que cuando muere el maestro aumenta la motivación de propagar “la verdad” y los discípulos viajan, para llevar los pensamientos de su maestro a todos los lugares posibles. Por otro lado, en la cultura judía, el discípulo al aprender el contenido, esperaba superar a su maestro y formar su propia escuela.

Las dos escenas de bautismos captadas por el lente del narrador nos muestran la tensión existente entre estos dos populares maestros judíos: Juan el Bautista y Jesús.

Los discípulos de Juan percibieron la tensión. Y como buenos discípulos fueron a consultar a su maestro, a propósito de la discusión que se había levantado entre ellos y un judío acerca de la purificación ceremonial, ritual en el que no encajaba el bautismo planteado por Juan y tampoco el de Jesús.

A poco llegaron, avanza el bribón, estirace el cuello, coge el aldabón, da dos o tres golpes, pregunta, Juan, ¿quién es? Nosotros, maestro, y nos alegra mucho verlo a usted hoy. Se hicieron la venia, se dieron la mano, y dice el maestro, que es más veterano:

- ¿Y qué los trae por acá?
- Una pequeña preocupación que no nos deja dormir, y bueno, esperamos no importunar, veo que estás preparando langostas con miel, umm, huele bien.
- ¿De qué se trata esa pequeña preocupación? Tomen, prueben.

- Gracias, maestro, esto sabe mejor que la iguana. Como le decía, aquí entre nos, el hombre que estaba contigo al otro lado del río Jordán, ese que tú identificaste como el Mesías, también está bautizando a la gente. Y todos van a él en lugar de venir a nosotros, bueno, en lugar de venir contigo. Imagínate.

¿Qué es lo que está produciendo esa tensión entre los discípulos?, ¿por qué los discípulos de Juan están tan preocupados?, ¿será que estaban envidiosos del mayor éxito del ministerio de Jesús?

Por un lado, es probable que ellos estuvieran velando por el lugar de su maestro. ¿Cómo era posible que uno de sus discípulos empezara su propia escuela cuando su maestro aún estaba vivo? Puede que hubiera en la cabeza de los discípulos de Juan una de dos posibilidades: O Jesús está deseándole la muerte a Juan, o la escuela que está formando estaría matizada por otros tintes, por otras agendas, por otras formas de pensar, por otras creencias.

Por otro lado, Juan, su maestro, representaba un viejo orden, una tradición religiosa a la que ellos ya estaban acostumbrados, crearle a Jesús implicaba hacer a un lado esa tradición y no era tan fácil. ¿Cómo va a ser fácil dejar la arepa y los frijoles para darle lugar a una comida que no sabemos ni dónde salió?, es posible que le demos una probadita, y que hasta nos guste, pero de ahí a que vamos a cancelar, a borrar de nuestras cocinas y nuestras mesas la bandeja paisa para tener como plato que nos identifique unos envueltos árabes, hasta allá no llegamos.

Y estos discípulos luchaban con la idea de que este Jesús, el Mesías, estaba rompiendo con tradiciones, venía con aires nuevos, con las últimas tecnologías en lo que al Reino de los Cielos se refiere, y ellos no le comían cuento. Así, igualito que como nosotros no le comemos cuento a un pastor que no tiene nada que ver con nuestra tradición religiosa y al que no tenemos por qué darle créditos y ponerlo al mismo nivel de un sacerdote. ¿Será que un pastor cuando casa a la gente si quedan casaos?, ¿será que cuando presentan a un bebé en la iglesia cristiana ese bebé si queda siendo del Señor como cuando se bautizan por nuestra tradición religiosa?, ¿será que una disque predicación narrativa si honra la Palabra de Dios?, ¿quién sabe?

Y todas estas ideas rondaban en las cabezas de los discípulos de Juan, ¿cómo se le ocurre a este “Mesías” compararse con nuestros distinguidísimos y preparadísimos maestros de la Ley, con nuestros rabinos? Con el “chisme” que le trajeron a Juan, ellos estaban poniendo en entredicho el ministerio de Jesús y a lo que finalmente llegaban con todas sus cavilaciones es: que no le creían.

Este es un charlatán más, un rebelde más, en cualquier momento saca la papabomba y nos la tira en la cara en la sinagoga. Pero aquí tenemos a Juan, nuestro maestro, este si es verdadero, este si es el maestro que nos representa.

Saliéndonos de las cavilaciones de los discípulos y volviendo a la escena donde ellos traen una queja y dejan, entre líneas, una pregunta sobre la mesa: Maestro, ¿qué vamos a hacer?

Ahora todo el peso del relato cae sobre las espaldas de Juan, de su respuesta dependerá el desenlace de esta historia. También cae sobre Juan la pesada tensión de ser empujado a protagonizar el papel de ser un “opositor” de Jesús, tensión de la que quizá, o tal vez sí, no había sido consiente. Juan estaba ahí, entre la espada y la pared, luchando con sus propias cavilaciones y sus propios miedos, sus propios anhelos.

Juan era un reconocido y prestigioso profeta, respetado aún por los gobernantes del Imperio Romano en su provincia. Juan, ese maestro que dejó escuchar la voz de Dios otra vez después de 400 años en los que no se escuchaba a través de un ser humano. Juan avivó el ministerio profético, era un predicador fogoso, franco y apasionado por Dios. Juan con su extravagante forma de vestir, de comer y de vivir era el centro de atención de nativos y visitantes. Estaba en el ojo del huracán, en los titulares de las primeras páginas. Aun con toda la fuerza desgarradora e irreverente de sus palabras, era amado por todos, bueno, por casi todos.

¿Quién no recuerda las palabras de bienvenida que le dio a los fariseos y saduceos que venían a su bautismo?, allí, en público les gritó: “¡Generación de víboras!, ¿Quién los enseñó a huir de la ira venidera? Producid frutos digno de arrepentimiento”. (Mateo 3.4-9) ¡Cómo olvidarlo!

Cómo olvidar que Juan se echó de enemigo al gobernador Herodes, cuando un día, sin pelos en la lengua le dijo: “No te está permitido tener a la mujer de tu hermano”. Herodes quería matarlo, así lo dice explícitamente el evangelio de Mateo (14:1-5), pero no lo hacía por temor al pueblo que tenía a Juan por profeta. Juan era amado por todos, podría afirmarse de manera general. Juan era seguido por todos, era admirado por todos, ¿habría alguien que pudiera reemplazarlo y no echar todo su trabajo, todos sus logros a perder?

Todo este prestigio lo tenía Juan sobre sus hombros, prestigio que estaba en pugna, y ahora subrayado por sus discípulos, con el ministerio de, nada más y nada menos, que de Jesús.

Todo el lugar está el silencio, sólo se escucha el crujir de las langostas que se tuestan en el sartén. Los ojos de todos los discípulos están clavados en el rostro

sudoroso de Juan, que en este momento respira con dificultad, y con un nudo en la garganta deja escapar de sus labios, y de su corazón, las palabras que definirían este dilema. Su actitud como maestro, enseñaría a sus discípulos de ese momento, y todos los discípulos a lo largo de la historia de la iglesia. En su respuesta se dejaría ver su carácter, lo que había en su corazón y que saldría a flote en esta prueba que estaba viviendo. Quizá aquella experiencia estaba siendo usada por Dios para tratar con su carácter, con su ego, esta era una oportunidad que tenía Juan para acercarse más a Dios. Toda prueba es una oportunidad para crecer, para acercarnos más a Dios.

Finalmente, los discípulos escuchan las palabras de Juan. Y sin rodeos y de manera franca, lo que suele caracterizarlo, les expresa un pequeño y contundente discurso que podría ser desempacado en dos porciones.

En primer lugar, Juan les trae a la memoria las palabras que antes él mismo les había dicho: “Yo no soy el Cristo, yo sólo soy uno que lo anuncia, que habla de él, que le hace publicidad. Yo soy la voz de uno que clama en el desierto, preparad el camino del Señor...” Y eso hago, sólo estoy abriendo paso a él, al Mesías. Esta conversación ya la habíamos tenido, ¿lo recuerdan? Recuerdan que hace unos días unos judíos enviaron a unos sacerdotes y levitas a preguntarme quién era yo, recuerdan que les respondí: Yo no soy el Cristo. ¿Eres Elías?, No, ¿Eres el Profeta?, No. Entonces, ¿quién eres? Yo soy la voz de uno que clama en el desierto y prepara el camino para el Señor. Ustedes estaban ahí, presentes en esa conversación, ¿lo recuerdan? (Juan 1:19-23)

En aquel momento, a los discípulos no les pareció problemático las declaraciones de Juan, pero ahora que se encontraron frente a frente con el Cristo, les costó reconocerlo y les costaba aún. Las palabras de Juan se deslizaban a empujones entre sus oídos: Yo no soy el Cristo, sólo estaba preparándole un ambiente para su llegada.

Mientras tanto, el ego de Juan se retuerce de dolor en su corazón. Reconocer a Jesús como el verdadero protagonista de aquella historia le implicaba renunciar a todo su prestigio como maestro, renunciar a todos sus seguidores, renunciar aún hasta a sus amigos más cercanos, aquellos discípulos que estaban parados frente a él demandando una respuesta. Con aquellas palabras, Juan estaba entregándole sus discípulos a Jesús, estaba transfiriéndolos a él. Todo el esfuerzo de todos los años de su ministerio tendría que depositarlo en otras manos, reconocer que los discípulos del Reino de los Cielos no le pertenecen, son de Jesús. Entregar todo y al quedarse con las manos vacías, reconocer que lo que viene en adelante no depende de él, y que nunca ha dependido de él, sino que depende del dueño de todo aquello, el Señor del Reino de los Cielos. Entregar todo y con las manos

vacías, confiar que el dueño de todo aquello tendrá cuidado de sus pequeñitos, de sus sorprendidos discípulos que, como niños, aún tienen mucho que aprender. Confiar en que Aquel que la buena obra empezó, será fiel en completarla aunque él no esté presente.

Con la incomodidad de su ser interior, que quizá patatea porque quiere seguir brillando, Juan se hace a un lado para dejar ver a Jesús, para no ser un obstáculo para que sus discípulos crean en él y lo sigan.

¿Recuerdan la cereza que nos regaló el narrador encima del cremoso postre? La gente seguía bautizándose con Juan porque aún no había sido puesto en la cárcel. Si Juan no hubiese sido encarcelado, la gente seguiría yendo a bautizarse con él. Este detalle nos deja ver que el ministerio de Juan tiene un final: La cárcel. Sabemos que seis meses después de estar preso, Juan es degollado. Con Juan presente y activo, no hubiera sido posible el ministerio de Jesús, toda su fuerza arrolladora y carismática no hubiese sido una aliada de Jesús sino su oponente.

Pero la más hermosa de las lecciones que nos deja Juan es que antes de que fuese puesto en la cárcel, Juan, en esta íntima conversación con sus discípulos, ya había reconocido que él no podía ser un obstáculo para que otros creyeran en Jesús, que él debía hacerse a un lado. Con estas palabras Juan estaba diciendo a sus discípulos: Hagan de cuenta que yo he muerto y síganlo a él.

Aquella, era una escena de despedida, iluminada por el fogón de leña y saturada por todos los sentimientos encontrados que flotaban en el ambiente y que casi podían agarrarse con las manos. De hecho, esta es la última vez que Juan aparece en este evangelio. Antes de morir, Juan estaba dando muerte a su ministerio próspero y vital: “Es necesario que él crezca pero que yo mengüe.” Y el narrador le hace el honor de dejarnos saber su valiente decisión.

Y ahora Juan argumenta con dulces palabras el porqué de su retirada. Engalana la presentación que hace de Jesús con la imagen de un novio en su fiesta de bodas, y él, como el amigo, se alegra de que el novio sea el protagonista de aquella boda. Luego les traza una semblanza de ese Mesías, de ese Cristo del que ya les había hablado.

En pocas palabras, Juan afirma de Jesús: “él es superior”, Jesús es superior. Y ante su superioridad él reconoce que lo que tiene que hacer es dejarle el camino despejado para que crezca en su ministerio.

Juan subraya como con resaltador de color fluorescente que Jesús está por encima de todos, es diferente a todos nosotros que somos de origen terreno, es diferente a mí que soy terrenal. Él está por encima de todos.

Él ha venido hasta acá, hasta nosotros seres humanos finitos e imperfectos, enviado por un Padre que lo ama y tiene plena confianza en él. Y hay una evidencia de toda la confianza que el Padre tiene en él, hay una prueba final de su glorioso mensaje:

Todos aquellos que creen en el glorioso mensaje que él trae, tienen la vida eterna, yo no puedo dar vida eterna, él sí, él es la fuente de la vida eterna. ¿Notan la diferencia?

Ya con la leña convertida en brasas y cenizas, aquella íntima conversación termina con un reto que Juan les ha dejado entre líneas: ahora que ustedes se hacen discípulos de Jesús, tienen el deber de ayudar a otros que se hagan discípulos de él también, ser facilitadores, no un obstáculo para que otros crean.

Aquella conversación quizá duró hasta despuntar el alba, no lo sabemos, ni siquiera sabemos si ocurrió en la noche o durante el día. Lo cierto es que tenemos la certeza de que después de aquella conversación las cavilaciones de aquellos discípulos de Juan, nunca más fueron igual, el Cristo había amanecido para ellos, el calor y la fuerza de su luz les abrió un horizonte a una vida nueva.